

La Promesa del Espíritu Santo



Hechos 1:1-5

EL PRÓLOGO DE LA MISIÓN APOSTÓLICA: CRISTO RESUCITADO Y LA PROMESA DEL ESPÍRITU

“En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, ² hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; ³ a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. ⁴ Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. ⁵ Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:1–5)

“Lucas comienza recordando su primer tratado para mostrar que lo que Cristo comenzó a hacer y enseñar no terminó con su ascensión, sino que continúa ahora por medio de los apóstoles, guiados por el Espíritu Santo” (**San Juan Crisóstomo**, *Homiliae in Acta Apostolorum*, I).

“El Espíritu Santo descendió sobre los discípulos para que el Hijo continuara su obra en ellos, y así Dios pudiera recapitular todas las cosas en Cristo” (**San Ireneo**, *Adversus Haereses*, III.17.1).

Introducción:

El prólogo del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hechos 1:1–5) nos introduce en uno de los momentos más decisivos de toda la historia de la redención. En estas breves pero densas palabras, el evangelista Lucas establece el fundamento teológico sobre el cual se desarrollará toda la narrativa posterior, **la obra salvadora iniciada por Jesucristo en su ministerio terrenal no concluye con su resurrección ni con su ascensión, sino que continúa en la historia mediante la acción del Espíritu Santo en la vida y misión de la Iglesia**. De este modo, el libro de los Hechos no es simplemente una crónica de acontecimientos apostólicos, sino el testimonio inspirado de cómo el Cristo resucitado sigue actuando soberanamente en el mundo a través de su pueblo. En el marco de la tradición anglicana, este pasaje adquiere una relevancia pastoral profunda, pues nos recuerda que la Iglesia no existe por iniciativa humana, ni se sostiene por estrategias meramente institucionales, sino por la obra viva del Señor exaltado que gobierna a su Iglesia mediante su Palabra y su Espíritu.

Lucas comienza su segundo tratado recordando su obra anterior, dirigida también a Teófilo, en la que narró “todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar”. Esta afirmación, aparentemente sencilla, encierra una verdad teológica de gran alcance, **el ministerio de Cristo en los Evangelios constituye el comienzo de una obra que continúa desarrollándose en la historia**. Así, la Iglesia apostólica

no aparece como una comunidad que inicia una empresa religiosa independiente, sino como el instrumento mediante el cual el Señor resucitado prolonga su misión en el mundo. Esta perspectiva establece una profunda continuidad entre el Evangelio y el libro de los Hechos, entre el ministerio terrenal de Cristo y la misión de su Iglesia. Al mismo tiempo, esta continuidad enlaza con la esperanza del Antiguo Testamento, donde los profetas anunciaron la venida de un Mesías ungido por el Espíritu que restauraría al pueblo de Dios y extendería su reino hasta los confines de la tierra.

El prólogo de Hechos también subraya la centralidad de la resurrección como fundamento de la fe cristiana. Lucas insiste en que Jesús se presentó vivo a sus discípulos con **“muchas pruebas indubitables”**, enfatizando que la resurrección no es una idea teológica abstracta ni una experiencia simplemente espiritual, sino un acontecimiento histórico real que transformó radicalmente la vida de los apóstoles. Esta insistencia tiene una importancia pastoral incalculable para la Iglesia de todos los tiempos, pues la proclamación del Evangelio descansa sobre la certeza de que Cristo ha vencido verdaderamente a la muerte y vive para siempre como Señor y Rey. La predicación apostólica no se fundamenta en especulaciones religiosas, sino **en el testimonio fiel de aquellos que vieron al Señor resucitado y fueron enviados por Él al mundo.**

Finalmente, el pasaje orienta la mirada del lector hacia la promesa del Espíritu Santo, que constituye la preparación inmediata para la misión de la Iglesia. Antes de enviar a sus discípulos a las naciones, el Señor les ordena esperar en Jerusalén hasta recibir el don prometido por el Padre. Esta espera no es una pausa pasiva, sino un acto de obediencia confiada que reconoce que la misión de la Iglesia solo puede llevarse a cabo mediante el poder de Dios. De esta manera, Lucas establece desde el inicio un principio fundamental para toda la vida eclesial, **la obra del Evangelio no se realiza por la capacidad humana, sino por la acción soberana del Espíritu Santo que capacita, guía y sostiene a los siervos de Dios.**

Así, Hechos 1:1–5 se presenta como un umbral teológico que abre ante nosotros el gran relato de la misión apostólica. En él contemplamos la continuidad de la obra de Cristo, la certeza gloriosa de su resurrección y la promesa del Espíritu que inaugura la era mesiánica anunciada por los profetas. Para el clero de la Iglesia Anglicana Ortodoxa, este texto constituye una exhortación solemne a recordar que nuestro ministerio no es una iniciativa propia, sino una participación humilde en la obra continua del Señor resucitado, quien sigue edificando su Iglesia y extendiendo su Reino hasta el día en que vuelva en gloria.

1. La continuidad entre el ministerio de Cristo y la misión de la Iglesia (1:1–2). “En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, ² hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido”.

El prólogo del libro de los Hechos (1:1–2) constituye una declaración teológica de singular importancia, pues establece desde el inicio la profunda continuidad entre la obra histórica de Jesucristo y la misión que posteriormente desarrollará la Iglesia. Con notable precisión literaria, el evangelista Lucas vincula deliberadamente este segundo tratado con el Evangelio que lo precede, recordando a su destinatario, Teófilo, que ya ha narrado en su obra anterior **“todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar”**. Esta referencia inicial no cumple únicamente una función introductoria, sino que revela la intención teológica del autor, ambos escritos forman una sola unidad narrativa que testimonia la intervención salvadora de Dios en la historia. **El Evangelio relata la manifestación visible del ministerio del Hijo encarnado; el libro de los Hechos, en cambio, describe la prolongación de esa misma obra a través de la comunidad apostólica, guiada y capacitada por el Espíritu Santo.** De este modo, Lucas no presenta el surgimiento de la Iglesia como el inicio de una realidad independiente tras la partida de su Maestro, sino como la continuación histórica de la obra que el Señor mismo inauguró durante su ministerio terrenal.

Esta perspectiva confiere a la misión apostólica un fundamento radicalmente cristológico. Los apóstoles no aparecen como fundadores de un movimiento religioso que toma forma después de la muerte de su líder, **sino como testigos escogidos y preparados por el Cristo resucitado para participar en la extensión de su obra redentora.** En consecuencia, la Iglesia primitiva no actúa impulsada por una iniciativa meramente humana, ni se concibe a sí misma como depositaria de un legado doctrinal estático; más bien, se entiende como el instrumento vivo mediante el cual el Señor exaltado continúa actuando en el mundo. La narrativa de los Hechos, por tanto, debe leerse como la historia de la actividad continua de Cristo, quien desde su exaltación a la diestra del Padre dirige, sostiene y expande su misión a través de aquellos que ha llamado.

Dentro de este marco teológico, el pasaje destaca dos elementos inseparables que definen la naturaleza de dicha continuidad. En primer lugar, Lucas recuerda que su primer tratado narró lo que Jesús **“comenzó”** a hacer y a enseñar, expresión que sugiere una acción cuyo alcance se proyecta más allá de los límites temporales del ministerio terrenal del Señor. El uso de este verbo implica que las obras y enseñanzas de Cristo relatadas en el Evangelio representan el inicio de una actividad que continúa desarrollándose en la historia de la Iglesia. De esta manera, el lector comprende que el libro de los Hechos no describe simplemente las acciones de los apóstoles, sino la prolongación del ministerio del propio Cristo, ahora presente y activo mediante el poder de su Espíritu.

En segundo lugar, el texto señala que, antes de su ascensión, el Señor dio mandamientos a los apóstoles **“por el Espíritu Santo”**. Esta afirmación introduce una dimensión pneumatológica decisiva para la comprensión del relato que sigue. La misión de la Iglesia no surge de la iniciativa estratégica de los discípulos, sino

que se origina en la voluntad del Cristo resucitado y se desarrolla bajo la dirección del Espíritu. Desde el inicio, Lucas deja claro que la vida y la expansión de la Iglesia dependen de la acción divina que la guía y la capacita. Así, el prólogo establece un principio que recorrerá toda la narrativa de los Hechos, **la historia de la Iglesia es, en su esencia más profunda, la historia de la obra continua de Cristo realizada mediante el poder vivificador del Espíritu Santo.**

A la luz de esta perspectiva, la comunidad apostólica se comprende no como heredera pasiva de un recuerdo del pasado, sino como participante activa en la obra viva del Señor. **El Cristo que enseñó en Galilea y realizó signos en Judea es el mismo que, ahora exaltado en gloria, continúa edificando su Iglesia y extendiendo su Reino en el mundo.** Por ello, el libro de los Hechos no debe interpretarse únicamente como una crónica de acontecimientos antiguos, sino como el testimonio inspirado de cómo la obra redentora iniciada por Jesucristo se despliega progresivamente en la historia hasta alcanzar a todas las naciones. En este sentido, el prólogo no solo introduce el relato que sigue, sino que ofrece la clave teológica para comprender toda la misión de la Iglesia, **ella vive, actúa y persevera porque el Señor resucitado sigue obrando en medio de su pueblo.**

1.1. El primer tratado: la obra inicial de Cristo.

El versículo inaugural del libro de los Hechos establece de manera deliberada un vínculo literario, histórico y teológico con el Evangelio según Lucas, revelando la profunda unidad que existe entre ambos escritos dentro del propósito narrativo del autor. El texto comienza diciendo: **“En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar”**. Esta afirmación no cumple simplemente una función introductoria o editorial, sino que constituye una declaración programática que orienta la lectura de toda la obra. Lucas dirige nuevamente su relato a **Teófilo** —en griego **Θεόφιλος (Theóphilos)**, cuyo nombre significa “amigo de Dios” o “amado por Dios”—, recordando que ya había presentado un “primer tratado”, **πρῶτον λόγον (prōton logon)**, expresión que puede traducirse como “primer relato” o “primer discurso ordenado”. Con esta referencia, el autor señala que el Evangelio y los Hechos forman una obra continua que describe la acción salvífica de Dios desde el ministerio terrenal de Cristo hasta la expansión de su Iglesia en el mundo.

Desde una perspectiva literaria y teológica, Lucas no presenta el libro de los Hechos como una historia independiente de la Iglesia primitiva, sino como la continuación de la obra iniciada por Jesucristo. El Evangelio narra la manifestación visible del Hijo encarnado en su ministerio público; los Hechos, en cambio, describen la actividad del Cristo resucitado que, desde su exaltación, continúa actuando mediante el Espíritu Santo en la vida y misión de sus discípulos. De este modo, el prólogo establece un principio hermenéutico fundamental, **la historia de la Iglesia no**

debe interpretarse como un desarrollo autónomo posterior a la vida de Jesús, sino como la prolongación histórica de su obra redentora.

El texto griego refuerza esta idea con notable precisión teológica: **πάντων ὧν ἤρξατο ὁ Ἰησοῦς ποιεῖν τε καὶ διδάσκειν** (*pantōn hōn ērxato ho Iēsous poiein te kai didaskein*), que puede traducirse como “acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar”. En esta expresión, el verbo **ἤρξατο (ērxato)** — forma aorista media del verbo **ἄρχομαι (archomai)**, “comenzar”— posee una relevancia exegética decisiva. El aoristo señala un acto inicial en el pasado, pero el contexto sugiere que aquello que comenzó no ha sido concluido. Lucas no dice simplemente que Jesús “hizo y enseñó”, sino que **“comenzó”** a hacerlo. Este matiz lingüístico implica que el ministerio narrado en el Evangelio constituye el punto de partida de una actividad que continúa más allá de los límites de la vida terrenal del Señor. En consecuencia, el libro de los Hechos presenta la continuación de esa obra a través de la misión apostólica, dirigida por el mismo Cristo desde su condición glorificada.

Asimismo, la construcción **ποιεῖν τε καὶ διδάσκειν (poiein te kai didaskein)** — “hacer y enseñar”— revela una dimensión esencial del ministerio de Jesús. El verbo **ποιεῖν (poiein)**, “hacer”, aparece primero, seguido por **διδάσκειν (didaskein)**, “enseñar”. Este orden no es casual; refleja una característica fundamental de la revelación bíblica, **la verdad divina no se comunica únicamente mediante discursos doctrinales, sino también mediante acciones concretas que manifiestan el poder y el carácter de Dios.** En la tradición hebrea, el conocimiento de Dios se expresa tanto en la palabra profética como en los actos salvadores realizados en la historia. Jesús encarna plenamente esta dinámica, **su enseñanza sobre el Reino de Dios está inseparablemente unida a sus obras de misericordia, a sus milagros, a su autoridad sobre el mal y, de manera suprema, a su sacrificio redentor.** La coherencia entre palabra y acción constituye el fundamento de su autoridad mesiánica.

Este mismo patrón caracterizará la misión apostólica descrita en los Hechos. Los apóstoles no se limitan a proclamar un mensaje; su predicación se ve acompañada por señales, prodigios y transformaciones visibles que evidencian la acción del Espíritu Santo. De esta manera, Lucas muestra que el ministerio de la Iglesia participa de la misma dinámica que caracterizó el ministerio de Cristo, **proclamación del Evangelio y manifestación concreta del poder salvador de Dios.**

La perspectiva lucana se encuentra profundamente enraizada en la teología del Antiguo Testamento, especialmente en la expectativa profética acerca del Mesías. En **Isaías 61:1–2**, el profeta describe al Siervo ungido por el Espíritu del Señor para anunciar buenas nuevas a los pobres, sanar a los quebrantados de corazón y proclamar libertad a los cautivos. Esta visión combina proclamación y restauración,

palabra y acción redentora. Cuando Jesús lee este pasaje en la sinagoga de Nazaret y declara, **"Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros"** (Lucas 4:21), afirma que su ministerio constituye el inicio del cumplimiento de esa promesa profética. Sin embargo, el libro de los Hechos revela que dicho cumplimiento no se limita al período de su ministerio terrenal, sino que continúa desarrollándose en la misión universal de la Iglesia, la cual anuncia el Evangelio y manifiesta el poder transformador del Reino de Dios entre todas las naciones.

Desde esta perspectiva teológica, la Iglesia no aparece como una institución religiosa que surge tras la desaparición de su fundador, sino como el instrumento histórico mediante el cual el Cristo resucitado prolonga su obra en el mundo. La misión eclesial no posee una autonomía independiente de su Señor; su origen, autoridad y dirección proceden exclusivamente de Él. Por esta razón, la actividad apostólica narrada en los Hechos debe entenderse como la continuación histórica de la obra de Cristo mismo. **El Señor que predicó en Galilea, sanó a los enfermos y llamó a los pecadores al arrepentimiento es el mismo que ahora, desde su exaltación a la diestra del Padre, continúa actuando en la historia mediante el poder del Espíritu Santo.**

Así, el prólogo del libro introduce una verdad de profunda relevancia para la teología y la vida de la Iglesia, **el ministerio cristiano no constituye una empresa humana autónoma, ni el resultado de un proyecto religioso concebido por los discípulos. Es, más bien, una participación en la obra continua del Señor resucitado.** Lo que comenzó en la encarnación del Verbo y se manifestó en su ministerio terrenal sigue desarrollándose en la misión apostólica y, por extensión, en la vida de la Iglesia a lo largo de los siglos. En consecuencia, la narrativa de los Hechos no debe leerse únicamente como la memoria histórica de la Iglesia primitiva, sino como el testimonio inspirado de la obra viva de Cristo que continúa desplegándose en la historia bajo la guía soberana de Dios hasta la consumación final de su Reino.

Pregunta escudriñadora:

¿Entendemos nuestro ministerio como una extensión de la obra de Cristo, o como un proyecto meramente humano?

Aplicación práctica:

El clero anglicano debe recordar que la misión pastoral no consiste en construir instituciones humanas, sino en participar humildemente en la obra que Cristo ya ha comenzado.

1.2. Cristo instruye a sus apóstoles por medio del Espíritu

El versículo 2 continúa desarrollando el pensamiento iniciado en el prólogo y añade una dimensión teológica esencial para comprender la naturaleza de la misión apostólica. El texto afirma que el relato del primer tratado abarcó la obra de Jesús **"hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido"**. Con esta afirmación, Lucas introduce simultáneamente el evento de la ascensión y la preparación final de los apóstoles para la misión que habrán de desempeñar. El ministerio terrenal de Cristo culmina en el momento en que es exaltado, pero antes de ese acontecimiento el Señor instruye y comisiona a aquellos que han sido elegidos para continuar su obra en el mundo.

El texto griego expresa esta idea con notable precisión:

ἄχρι ἧς ἡμέρας... ἐντειλάμενος τοῖς ἀποστόλοις... διὰ πνεύματος ἁγίου
(*achri hēs hēmeras... enteilamenos tois apostolois... dia pneumatōs hagiou*).

La expresión **ἐντειλάμενος (enteilamenos)**, participio aoristo medio del verbo **ἐντέλλομαι (entellomai)**, significa "dar instrucciones", "ordenar con autoridad" o "comisionar". Este verbo posee un matiz de mandato solemne, lo que indica que las palabras de Cristo no constituyen meras recomendaciones espirituales, sino instrucciones autorizadas que definen la misión apostólica. Los apóstoles, por tanto, no actúan como intérpretes libres del mensaje de Jesús; son portadores de un encargo recibido directamente del Señor.

Asimismo, Lucas describe a los destinatarios de estas instrucciones como **τοῖς ἀποστόλοις οὓς ἐξελέξατο** (*tois apostolois hous exelexato*), "los apóstoles que había escogido". El verbo **ἐξελέξατο (exelexato)** procede de **ἐκλέγομαι (eklegomai)**, que significa "escoger" o "elegir deliberadamente". Este término resalta que la autoridad apostólica no surge de la iniciativa humana ni de una designación comunitaria posterior, sino de la elección soberana de Cristo mismo. En la teología lucana, el apostolado está inseparablemente ligado a la voluntad del Señor que llama y envía.

El elemento más significativo del versículo aparece en la expresión **διὰ πνεύματος ἁγίου (dia pneumatōs hagiou)**, literalmente "por medio del Espíritu Santo". La preposición **διὰ (dia)** con genitivo indica mediación o instrumento, señalando que las instrucciones de Cristo a los apóstoles se realizan **a través** de la acción del Espíritu. Este detalle es de enorme importancia teológica, pues revela que incluso antes del acontecimiento de Pentecostés la obra de Cristo se encuentra profundamente vinculada al ministerio del Espíritu Santo. El Espíritu no aparece únicamente como un don posterior concedido a la Iglesia, sino como el agente divino que acompaña y sostiene toda la obra redentora del Hijo.

Esta realidad se encuentra plenamente en consonancia con la revelación del Antiguo Testamento. Desde los primeros libros de la Escritura, el Espíritu de Dios es

presentado como aquel que capacita a los siervos divinos para cumplir tareas específicas dentro del plan redentor. En **Números 11:25**, el Espíritu desciende sobre los ancianos de Israel para capacitarlos en la conducción del pueblo, mientras que en **Isaías 11:2** se anuncia que sobre el Mesías reposará el Espíritu del Señor, otorgándole sabiduría, entendimiento, consejo, poder y temor de Dios. De esta manera, la obra mesiánica es inseparable de la presencia activa del Espíritu.

El ministerio terrenal de Jesús mismo se desarrolla bajo esta misma dinámica pneumatológica. En el Evangelio de Lucas, el Espíritu Santo aparece como el agente que concibe milagrosamente al Hijo en el seno de María (Lucas 1:35), que desciende sobre Él en el bautismo (Lucas 3:22), que lo conduce al desierto (Lucas 4:1) y que lo unge para su misión mesiánica (Lucas 4:18). En consecuencia, cuando Lucas afirma que Cristo dio mandamientos a los apóstoles **“por medio del Espíritu Santo”**, está señalando que la misma dinámica que caracterizó el ministerio de Jesús continuará operando en la misión de la Iglesia.

Este énfasis tiene profundas implicaciones teológicas. La misión apostólica no es simplemente la continuación organizativa de un movimiento religioso, sino la extensión del ministerio del propio Cristo mediante la obra del Espíritu. Así como el Espíritu capacitó al Mesías para cumplir su misión redentora, ahora capacita a los apóstoles para proclamar el Evangelio y dar testimonio del Reino de Dios.

Por tanto, el versículo 2 introduce uno de los principios fundamentales del libro de los Hechos, **la Iglesia solo puede cumplir su vocación en dependencia absoluta del Espíritu Santo**. Los apóstoles no actúan confiando en su propia capacidad, ni en su experiencia adquirida durante el ministerio terrenal de Jesús; su autoridad y eficacia dependen de la acción del Espíritu que los guía, los fortalece y los envía.

Desde esta perspectiva, la narrativa de los Hechos mostrará progresivamente cómo el Espíritu Santo dirige cada etapa de la expansión del Evangelio, **desde Jerusalén hasta Judea, Samaria y finalmente hasta los confines de la tierra**. El Cristo resucitado gobierna su Iglesia desde la gloria, pero lo hace mediante la presencia activa del Espíritu que instruye, guía y capacita a su pueblo para la misión. Así, la enseñanza del prólogo establece con claridad que la historia de la Iglesia es, en última instancia, la historia de la obra continua de Dios realizada por el Espíritu Santo en aquellos que han sido llamados por Cristo para servirle.

Pregunta escudriñadora:

¿Buscamos dirigir la Iglesia mediante estrategias humanas o mediante la guía del Espíritu Santo?

Aplicación práctica:

El liderazgo pastoral debe caracterizarse por la dependencia de la oración y la dirección del Espíritu.

2. La certeza histórica de la resurrección (1:3). “³ a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios”.

El versículo 3 del capítulo primero de los Hechos de los Apóstoles introduce uno de los fundamentos más decisivos de toda la fe cristiana y del testimonio apostólico, **la realidad objetiva, histórica y verificable de la resurrección de Jesucristo**. Después de haber establecido en los versículos anteriores la continuidad entre el ministerio terrenal del Señor y la misión que ahora será confiada a sus discípulos, el evangelista Lucas dirige la atención del lector hacia el acontecimiento que constituye el eje central de la proclamación cristiana. La Iglesia no surge como el resultado de la simple conservación de la memoria de un maestro admirable ni como la continuación ética de una tradición espiritual, sino como la comunidad formada por aquellos que han sido confrontados con la realidad del Cristo resucitado. La fe apostólica nace, por tanto, del encuentro con aquel que, habiendo padecido la muerte en la cruz, ha sido levantado por el poder de Dios y vive ahora para siempre como Señor.

En este sentido, la resurrección no aparece en la narrativa lucana como un episodio aislado o como el desenlace dramático del relato evangélico, sino como el acontecimiento decisivo que redefine completamente la comprensión que los discípulos tienen de Jesús y de su misión. El Crucificado, cuya muerte parecía sellar el fracaso de sus expectativas mesiánicas, se manifiesta ahora como el Viviente, inaugurando una nueva etapa en la historia de la salvación. La experiencia pascual transforma radicalmente la percepción de los apóstoles, **aquel que había sido rechazado por las autoridades y ejecutado bajo el poder romano es ahora reconocido como el Señor exaltado, el Mesías vindicado por Dios y el centro de la esperanza escatológica anunciada por las Escrituras**. De este modo, la resurrección se convierte en el punto de inflexión que da origen a la misión apostólica y al testimonio público de la Iglesia.

Lucas, como historiador y teólogo, se esfuerza además por subrayar el carácter concreto y verificable de estas manifestaciones del Señor resucitado. El texto destaca que Jesús se presentó a sus discípulos **“con muchas pruebas indubitables”**, indicando que las apariciones no deben entenderse como experiencias subjetivas o visiones espirituales privadas, sino como encuentros reales que ofrecieron a los apóstoles una certeza firme acerca de la victoria de Cristo sobre la muerte, el pecado, satanás y el mundo. La insistencia del evangelista en este aspecto responde tanto a una preocupación histórica como a una intención teológica, la proclamación del Evangelio descansa sobre un acontecimiento que pertenece al ámbito de la

historia y que fue atestiguado por testigos oculares llamados posteriormente a dar testimonio de lo que habían visto y oído.

Asimismo, Lucas señala que estas manifestaciones se extendieron durante un período de cuarenta días, tiempo en el cual el Señor resucitado continuó instruyendo a sus discípulos acerca del Reino de Dios. Este detalle no es simplemente cronológico, sino profundamente simbólico dentro de la tradición bíblica. En las Escrituras, el número cuarenta suele asociarse con períodos de preparación, revelación y transición dentro del plan divino, **cuarenta días de Moisés en el Sinaí, cuarenta años de Israel en el desierto, cuarenta días de Elías en su peregrinación hacia el Horeb, y cuarenta días del ayuno de Jesús antes del inicio de su ministerio público**. De manera semejante, los cuarenta días entre la resurrección y la ascensión constituyen un tiempo de instrucción final en el cual Cristo prepara a sus discípulos para la misión universal que les será encomendada.

Durante este período, el contenido de la enseñanza del Señor continúa siendo el mismo que había marcado su predicación anterior, el **Reino de Dios**. Esta continuidad revela que la resurrección no inaugura un mensaje distinto, sino que confirma y esclarece plenamente la proclamación mesiánica que Jesús había anunciado desde el comienzo de su ministerio. Ahora, sin embargo, los discípulos comprenden que el Reino se manifiesta de una manera más profunda de lo que habían imaginado, **no mediante un poder político inmediato, sino a través de la victoria redentora de Cristo sobre el pecado, la muerte y las fuerzas del mal**.

De esta manera, el versículo 3 establece el fundamento histórico, teológico y misionero sobre el cual se edifica toda la narrativa posterior de los Hechos. La Iglesia primitiva proclama el Evangelio con la convicción inquebrantable de que Jesucristo vive verdaderamente y reina como Señor. Esta certeza no se apoya en una tradición legendaria ni en una especulación religiosa, sino en la experiencia concreta de aquellos que fueron testigos de su resurrección. Así, la predicación apostólica y la expansión de la Iglesia encuentran su origen en la convicción fundamental que transformó la vida de los discípulos y que continúa sosteniendo la fe cristiana a lo largo de los siglos, **el Crucificado ha resucitado, y en su victoria se ha abierto el Reino de Dios**.

2.1. Las pruebas indubitables.

El versículo 3 afirma con notable claridad: ***"a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables."*** Con esta declaración, el evangelista Lucas introduce uno de los énfasis más importantes de su obra, **la resurrección de Jesucristo pertenece al ámbito de la historia real y no al de la experiencia religiosa subjetiva**. El texto describe al Señor resucitado manifestándose a aquellos que habían sido testigos de su sufrimiento y

muerte, transformando así la desesperanza de la cruz en la certeza de la victoria divina. La expresión “**después de haber padecido**” recuerda que la resurrección no puede separarse del misterio de la Pasión, **el mismo que fue crucificado es aquel que ahora vive, mostrando que la muerte no tuvo dominio sobre Él.**

El texto griego expresa esta verdad con una precisión significativa: **παρέστησεν ἑαυτὸν ζῶντα... ἐν πολλοῖς τεκμηρίοις** (*parestēsen heauton zōnta... en pollois tekmeriois*), que puede traducirse como “se presentó a sí mismo vivo... con muchas pruebas convincentes”. El verbo **παρέστησεν** (*parestēsen*), forma aorista de **παρίστημι**, implica una presentación o manifestación tangible, indicando que el Señor se mostró activamente a sus discípulos. No se trata de una percepción interior ni de una intuición espiritual, sino de una aparición concreta en la cual el Cristo resucitado se da a conocer de manera real a quienes habían sido testigos de su muerte.

Particularmente significativo es el sustantivo **τεκμήριον** (*tekmerion*), que en plural aparece como **τεκμηρίοις** (*tekmeriois*). Este término pertenece al vocabulario del razonamiento demostrativo en el mundo griego y designa una evidencia concluyente, una prueba que conduce a una certeza firme. En la literatura clásica, la palabra se utilizaba para referirse a argumentos decisivos que establecen un hecho más allá de toda duda razonable. Al emplear este término, Lucas indica que las apariciones del Cristo resucitado ofrecieron a los discípulos evidencias claras de que Jesús estaba verdaderamente vivo. No se trataba de una mera esperanza espiritual ni de una reconstrucción psicológica tras la tragedia de la cruz, sino de una realidad objetiva que transformó radicalmente la convicción de los apóstoles.

Este énfasis lucano refleja el carácter profundamente histórico de la fe cristiana. El Evangelio no se fundamenta en una mitología religiosa ni en una filosofía espiritual abstracta, sino en actos concretos de Dios dentro de la historia humana. Por esta razón, el testimonio apostólico se presenta constantemente como el anuncio de lo que los discípulos “vieron” y “tocaron” (cf. 1 Juan 1:1). La resurrección de Cristo constituye, por tanto, el evento central que da origen a la predicación de la Iglesia primitiva y que sostiene la proclamación del Evangelio a lo largo de los siglos.

Asimismo, esta certeza encuentra su fundamento en las promesas proféticas del Antiguo Testamento. Entre ellas destaca de manera particular el **Salmo 16:10**, donde se declara: “*No dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.*” La Iglesia apostólica reconoció en este pasaje una anticipación profética de la resurrección del Mesías. El apóstol Pedro, en su discurso de **Hechos 2**, interpretará explícitamente este salmo como una profecía cumplida en Jesucristo, afirmando que Dios lo levantó de entre los muertos porque era imposible que la muerte lo retuviera. De esta manera, la resurrección no aparece como un acontecimiento inesperado dentro del plan divino, sino como el cumplimiento fiel de las promesas reveladas en las Escrituras.

En consecuencia, las “pruebas indubitables” mencionadas por Lucas no solo fortalecieron la convicción personal de los discípulos, sino que también fundamentaron la autoridad de su testimonio ante el mundo. Los apóstoles proclamaron el Evangelio con la seguridad de quienes habían sido confrontados con la realidad del Cristo viviente. Esta certeza transformó a hombres que anteriormente habían sido dominados por el temor en testigos valientes capaces de enfrentar persecución, sufrimiento e incluso la muerte por causa de la verdad que habían contemplado.

Pregunta escudriñadora:

¿Descansa nuestra fe en una convicción histórica sólida o en una religiosidad meramente emocional?

Aplicación práctica:

El clero debe proclamar la resurrección como un evento real que fundamenta toda la esperanza cristiana.

2.2. El Reino de Dios como tema central.

El versículo 3 añade un detalle de gran importancia teológica al afirmar que el Señor resucitado se apareció a sus discípulos ***“hablándoles acerca del Reino de Dios”***. Con esta observación, Lucas revela que el contenido fundamental de la enseñanza de Jesús después de su resurrección permanece en plena continuidad con el mensaje que había proclamado durante su ministerio terrenal. La resurrección no inaugura una nueva doctrina desligada de su predicación anterior; por el contrario, confirma y esclarece plenamente el anuncio del Reino que había constituido el eje central de su misión.

El texto griego emplea la expresión **βασιλεία τοῦ θεοῦ** (*basileia tou theou*), literalmente “el reino de Dios”. El término **βασιλεία** (*basileia*) no se refiere primariamente a un territorio geográfico ni a una estructura política visible, sino al ejercicio soberano de la autoridad divina. En el lenguaje bíblico, el Reino de Dios describe el gobierno activo de Dios sobre la creación, la manifestación de su poder redentor y la restauración final de todas las cosas bajo su señorío. Por ello, cuando Jesús habla del Reino, no se limita a anunciar un futuro escatológico distante; proclama la irrupción del gobierno de Dios en la historia humana mediante su propia persona y obra.

La enseñanza del Reino ocupa un lugar central en toda la tradición evangélica. Desde el inicio de su ministerio, Jesús proclama: ***“El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado”*** (Marcos 1:15). Sin embargo, después de la resurrección,

los discípulos pueden comprender esta proclamación con una profundidad mucho mayor. El Reino no se manifiesta por medio de una revolución política ni mediante la restauración inmediata del poder nacional de Israel, sino a través de la victoria de Cristo sobre el pecado, la muerte y las potestades del mal. La resurrección revela que el verdadero reinado del Mesías se establece mediante su sacrificio redentor y su exaltación a la diestra del Padre.

Esta comprensión se encuentra profundamente arraigada en la esperanza mesiánica del Antiguo Testamento. En particular, el libro de **Daniel 7:13–14** presenta la visión del **Hijo del Hombre** que recibe de Dios un reino eterno, un dominio que nunca será destruido. En esta profecía, el reinado del Mesías aparece como el clímax del gobierno divino sobre la historia. La Iglesia primitiva reconoció en la resurrección y exaltación de Jesucristo el cumplimiento de esta visión profética, **el Hijo del Hombre ha sido vindicado por Dios y ha recibido la autoridad sobre todas las naciones.**

De este modo, las enseñanzas que Jesús comunica durante los cuarenta días posteriores a su resurrección preparan a los discípulos para comprender la naturaleza verdadera del Reino que están llamados a anunciar. La misión apostólica consistirá en proclamar que el Reino de Dios ha irrumpido en la historia mediante la obra redentora de Cristo y que todos los pueblos están ahora llamados a someterse al señorío del Rey resucitado.

Pregunta escudriñadora:

¿Predicamos el Reino de Dios o simplemente promovemos valores morales?

Aplicación práctica:

La predicación pastoral debe centrarse en el reinado de Cristo sobre toda la creación.

3. La promesa del Espíritu Santo (1:4–5). “⁴Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. ⁵ Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”.

Después de haber afirmado la realidad histórica de la resurrección y de haber mostrado cómo el Señor resucitado instruyó a sus discípulos acerca del Reino de Dios, el relato de los Hechos introduce ahora el elemento que hará posible la misión futura de la Iglesia, **la promesa del Espíritu Santo.** Los versículos 4 y 5 constituyen, en este sentido, una transición decisiva dentro de la narrativa lucana, pues conectan la obra consumada de Cristo con el poder espiritual que capacitará a la comunidad apostólica para continuar su misión en el mundo. La Iglesia no es enviada inmediatamente a la proclamación universal del Evangelio; antes debe

esperar el cumplimiento de una promesa divina que procede del Padre y que ha sido anunciada previamente por el propio Señor.

Este mandato de permanecer en Jerusalén revela un principio teológico fundamental para la comprensión de la misión cristiana, **la obra de Dios no se realiza por la simple iniciativa humana ni por la capacidad organizativa de los discípulos, sino por la acción soberana del Espíritu que el Padre concede conforme a su promesa.** La comunidad apostólica se encuentra, por tanto, en una actitud de espera obediente, reconociendo que la proclamación del Reino no puede llevarse a cabo mediante recursos puramente humanos, sino únicamente mediante el poder que procede de lo alto.

En este contexto, Jesús recuerda a sus discípulos la promesa del Padre que ellos ya habían escuchado de sus propios labios, estableciendo así una continuidad entre su enseñanza previa y el acontecimiento que está por venir. Esta promesa encuentra profundas raíces en la revelación del Antiguo Testamento, donde los profetas anunciaron repetidamente un tiempo en el que Dios derramaría su Espíritu sobre su pueblo para renovar su corazón y restaurar su relación con Él (cf. Joel 2:28–29; Ezequiel 36:26–27). De este modo, el anuncio de Jesús no introduce una novedad desligada de la historia de la salvación, sino que señala el cumplimiento de las expectativas proféticas que habían preparado al pueblo de Dios para una obra decisiva del Espíritu en los últimos tiempos.

Además, el Señor establece una distinción significativa entre el bautismo de Juan y el bautismo que sus discípulos recibirán “dentro de no muchos días”. Mientras el bautismo de Juan con agua había sido un signo de arrepentimiento que preparaba el camino para la venida del Mesías, el bautismo en el Espíritu Santo constituirá la señal de que la nueva era de la redención ha comenzado. Con este anuncio, Lucas prepara al lector para comprender que el acontecimiento de Pentecostés no será simplemente una experiencia espiritual extraordinaria, sino el momento en que la promesa divina se cumple plenamente y la Iglesia es investida con el poder necesario para llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra.

Así, estos versículos introducen uno de los temas teológicos más significativos del libro de los Hechos, **la misión de la Iglesia es inseparable de la obra del Espíritu Santo.** El mismo Espíritu que ungió a Jesucristo para su ministerio terrenal ahora será derramado sobre sus discípulos, capacitándolos para continuar la obra del Reino en la historia. La comunidad apostólica se convierte, de este modo, en el instrumento mediante el cual el Señor resucitado seguirá actuando en el mundo, guiando a su Iglesia y extendiendo su reino mediante el poder vivificante del Espíritu prometido.

3.1. La espera obediente.

El relato de Hechos 1:4 introduce un mandato de profunda importancia espiritual para la comprensión de la misión apostólica. El texto afirma que el Señor resucitado, **"estando juntos"** con sus discípulos, **les ordenó que no se apartaran de Jerusalén**, sino que aguardaran el cumplimiento de la promesa del Padre. Esta instrucción, aparentemente simple, revela una verdad fundamental, **la misión de la Iglesia no puede iniciarse por iniciativa humana, sino que debe surgir de la obediencia a la voluntad divina y de la dependencia absoluta del poder que Dios concede.**

El texto griego expresa este mandato con notable precisión. Lucas escribe: **παρήγγειλεν αὐτοῖς... περιμένειν τὴν ἐπαγγελίαν τοῦ πατρὸς** (*parēngeilen autois... perimenein tēn epangelian tou patros*), es decir, "les ordenó... esperar la promesa del Padre". El verbo **παράγγελλω** (*parangellō*), traducido como "ordenar" o "mandar", posee un matiz de autoridad imperativa; se trata de un mandato solemne del Señor resucitado a aquellos que Él mismo había escogido como testigos de su resurrección. La misión apostólica, por tanto, comienza con un acto de obediencia.

Particularmente significativo es el infinitivo **περιμένειν** (*perimenein*), derivado del verbo **περιμένω**, que significa **"esperar con perseverancia", "permanecer aguardando con constancia"**. La forma verbal sugiere no una espera pasiva o resignada, sino una expectativa activa y perseverante, marcada por la confianza en el cumplimiento de la promesa divina. En el contexto del relato, esta espera implica permanecer en Jerusalén en actitud de oración, comunión y dependencia espiritual, aguardando el momento en que Dios mismo actuará.

Este principio refleja un patrón espiritual profundamente arraigado en la revelación del Antiguo Testamento. A lo largo de la historia de Israel, el pueblo de Dios es llamado repetidamente a esperar la intervención salvadora del Señor. Uno de los textos más representativos se encuentra en **Isaías 40:31**, donde se declara: *"los que esperan a Yahvé tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas"*. En este pasaje, el verbo hebreo **קָוָה** (*qāwāh*), "esperar", describe una confianza perseverante en la fidelidad de Dios. La espera no es señal de debilidad, sino expresión de fe en el poder del Señor que actúa en su tiempo perfecto.

De manera semejante, los discípulos son llamados a una espera obediente que reconoce que la obra del Reino no depende de la capacidad humana, sino de la intervención soberana de Dios. Antes de predicar, antes de organizar la misión, antes de emprender cualquier acción evangelizadora, la Iglesia debe aprender a esperar. La historia de la salvación muestra repetidamente que las obras más decisivas de Dios se manifiestan cuando su pueblo aprende a depender de Él con paciencia y confianza.

Esta dimensión espiritual posee una profunda relevancia para la vida de la Iglesia y para el ejercicio del ministerio pastoral. En un contexto cultural marcado por la inmediatez y por la búsqueda constante de resultados visibles, el mandato de Cristo recuerda que el verdadero fruto del Reino surge únicamente cuando la comunidad creyente permanece en comunión con Dios y espera la acción de su Espíritu. La paciencia espiritual, lejos de ser una pasividad improductiva, constituye una forma de obediencia activa que reconoce la soberanía divina sobre la obra del Evangelio.

Pregunta escudriñadora:

¿Somos capaces de esperar en Dios o buscamos resultados inmediatos?

Aplicación práctica:

El ministerio pastoral requiere paciencia espiritual y confianza en el tiempo de Dios.

3.2. El bautismo en el Espíritu Santo.

Después de ordenar a sus discípulos que esperaran la promesa del Padre, el Señor Jesús explica la naturaleza de esa promesa mediante una afirmación de profundo significado teológico: **“Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”** (Hechos 1:5). Con estas palabras, Cristo establece un contraste deliberado entre el ministerio preparatorio de Juan el Bautista y la obra transformadora que Dios realizará en la nueva etapa inaugurada por la resurrección y la ascensión del Mesías.

El texto griego presenta esta declaración con notable claridad: **ὅτι Ἰωάννης μὲν ἐβάπτισεν ὕδατι, ὑμεῖς δὲ βαπτισθήσεσθε ἐν πνεύματι ἁγίῳ** (*hoti Iōannēs men ebaptisen hydati, hymeis de baptisthēsesthe en pneumatī hagiō*). El verbo **ἐβάπτισεν** (*ebaptisen*), aoristo de **βαπτίζω** (*baptizō*), describe la acción histórica del bautismo de Juan con agua, un rito de arrepentimiento que preparaba al pueblo para la venida del Mesías. En contraste, el futuro pasivo **βαπτισθήσεσθε** (*baptisthēsesthe*), “seréis bautizados”, señala una acción que Dios mismo realizará sobre los discípulos.

El uso de la voz pasiva tiene aquí un significado teológico importante. En la tradición bíblica, este tipo de construcción suele indicar lo que los estudiosos denominan un **pasivo divino**, es decir, una acción cuyo agente implícito es Dios. De esta manera, el texto sugiere que será el propio Dios quien bautizará a los discípulos con el Espíritu Santo, sumergiéndolos en la realidad vivificante de su presencia y capacitándolos para la misión que les será confiada.

La expresión **ἐν πνεύματι ἁγίῳ** (*en pneumatī hagiō*), “**en el Espíritu Santo**”, describe una inmersión espiritual que trasciende el simbolismo del agua. Mientras el bautismo de Juan señalaba la necesidad de arrepentimiento, el bautismo en el Espíritu indica la llegada de la nueva era de la salvación en la que Dios derrama su Espíritu sobre su pueblo de manera abundante y transformadora.

Esta promesa encuentra su fundamento en las profecías del Antiguo Testamento, particularmente en **Joel 2:28**, donde el Señor declara: “*Derramaré mi Espíritu sobre toda carne*”. La imagen del derramamiento expresa una efusión abundante de la presencia divina que no estará limitada a individuos específicos, como ocurría frecuentemente en la antigua dispensación, sino que alcanzará a toda la comunidad del pueblo de Dios. De manera semejante, profetas como **Ezequiel (36:26–27)** anunciaron un tiempo en el que Dios daría a su pueblo un corazón nuevo y pondría dentro de ellos su Espíritu para capacitarlos a caminar en sus caminos.

En este contexto, el bautismo en el Espíritu Santo marca el inicio de la era mesiánica prometida por los profetas. Con la resurrección y exaltación de Cristo, las promesas antiguas encuentran su cumplimiento definitivo. El Espíritu que reposó sobre el Mesías durante su ministerio terrenal ahora será derramado sobre la comunidad de sus discípulos, capacitándolos para continuar la obra del Reino y para proclamar el Evangelio a todas las naciones.

Desde la perspectiva de la teología lucana, este acontecimiento no representa simplemente una experiencia espiritual individual, sino la investidura de la Iglesia con el poder necesario para su misión universal. El Espíritu Santo no solo consuela o edifica interiormente a los creyentes; también los capacita para ser testigos del Cristo resucitado en el mundo.

Pregunta escudriñadora:

¿Dependemos realmente del poder del Espíritu para el ministerio?

Aplicación práctica:

La Iglesia debe buscar constantemente la renovación espiritual mediante la obra del Espíritu Santo.

Conclusión:

El prólogo del libro de los Hechos (1:1–5) constituye mucho más que una simple introducción literaria; establece, en realidad, el fundamento teológico sobre el cual se edificará toda la narrativa posterior. En estos versículos iniciales, Lucas ofrece una síntesis doctrinal que orienta la comprensión de la misión apostólica y de la vida misma de la Iglesia. La obra redentora de Jesucristo no concluye con su ascensión

a la diestra del Padre; por el contrario, entra en una nueva fase de su desarrollo histórico. El Señor exaltado continúa actuando en el mundo mediante el poder del Espíritu Santo, guiando, sosteniendo y capacitando a su pueblo para el cumplimiento de su propósito redentor.

A lo largo de este pasaje emergen tres afirmaciones fundamentales que constituyen el eje teológico del testimonio apostólico. En primer lugar, el texto revela la profunda continuidad entre el ministerio terrenal de Jesucristo y la misión de la Iglesia. Aquello que el Señor **“comenzó a hacer y a enseñar”** durante su vida terrenal no permanece como un recuerdo del pasado, sino que se prolonga en la historia mediante el testimonio de aquellos a quienes Él escogió. La Iglesia no inaugura una obra independiente, ni desarrolla un proyecto religioso autónomo; participa, más bien, en la obra continua del Cristo resucitado, quien sigue guiando a su pueblo desde su exaltación celestial.

En segundo lugar, el pasaje establece con claridad la certeza histórica de la resurrección. El testimonio apostólico no se fundamenta en una tradición legendaria ni en una experiencia puramente interior, sino en un acontecimiento histórico confirmado mediante evidencias convincentes y testigos oculares. La resurrección constituye el centro de la proclamación cristiana porque revela que Jesucristo ha vencido definitivamente al pecado y a la muerte. A la luz de esta realidad, la predicación de la Iglesia no se limita a ofrecer enseñanzas morales o exhortaciones espirituales; anuncia la victoria objetiva de Dios en la historia por medio del Señor resucitado.

En tercer lugar, el texto introduce la promesa del Espíritu Santo como el don divino que hará posible la misión apostólica. La Iglesia no es enviada al mundo apoyándose en sus propias capacidades, sino revestida con el poder que procede de Dios. El Espíritu prometido por el Padre —anticipado por los profetas y anunciado por el mismo Cristo— será quien capacite a los discípulos para proclamar el Evangelio, para testificar de la resurrección y para extender el Reino de Dios entre todas las naciones. De este modo, la misión cristiana se revela como una obra esencialmente trinitaria: **el Padre promete, el Hijo envía y el Espíritu capacita.**

Dentro de la tradición Anglicana Reformada, estas verdades poseen una relevancia particular para la comprensión de la naturaleza y la vocación de la Iglesia. La comunidad cristiana no existe por su propia iniciativa ni se sostiene por su propia fuerza; surge de la acción soberana de Dios en la historia de la salvación. Cristo, el Señor resucitado, gobierna a su Iglesia como cabeza viva de su cuerpo; el Espíritu Santo la vivifica, la guía y la fortalece para el servicio; y las Sagradas Escrituras permanecen como el testimonio inspirado y normativo de esta obra divina, mediante el cual la Iglesia discierne fielmente la voluntad de su Señor.

En consecuencia, el clero anglicano está llamado a ejercer su ministerio dentro de esta profunda conciencia teológica. Su vocación no consiste simplemente en preservar una tradición religiosa ni en administrar una institución eclesiástica, sino en participar activamente en la obra continua de Jesucristo. Esto implica proclamar con fidelidad el Evangelio de la resurrección, depender constantemente del poder vivificante del Espíritu Santo y conducir al pueblo de Dios conforme al testimonio normativo de las Escrituras.

Finalmente, el prólogo de los Hechos nos recuerda que la historia que Lucas comienza a narrar no pertenece únicamente al pasado de la Iglesia primitiva. En un sentido más profundo, se trata de una historia que continúa desarrollándose a lo largo de los siglos. El mismo Señor que actuó en los días apostólicos sigue obrando hoy en su Iglesia mediante su Espíritu. Cada generación de creyentes es llamada a participar en esta misión, extendiendo el testimonio del Evangelio hasta los confines de la tierra.

Así, el libro de los Hechos no es simplemente el registro histórico de un movimiento religioso naciente; es el testimonio inspirado de la obra viva de Dios en la historia. Y esta obra continuará avanzando con poder y fidelidad hasta el día en que el Señor Jesucristo vuelva en gloria, para consumar plenamente el Reino eterno que ya ha comenzado a manifestarse en medio de su pueblo.

Amén.